- - LAS - -
ROPAS

15 cts.

FRINÉ

Año I.-Núm. 11
- Madrid 25 -
Abril - 1918

FRINÉ

REVISTA FEMENINA POPULAR
SE PUBLICA LOS JUEVES

La originalidad de esta Revista consiste en que a cada materia se le consagrará exclusivamente un número.

En preparación:

LA TOILETTE

El peinado.—Los sombreros.—Las joyas.—Los perfumes.—El pañuelo—La sombrilla.—E calzado.—El corsé.—Los vestidos.—Los bolsillos.—Los velitos.—Ropa interior.—Cintas y lazos.—El lujo.—Los colores.—El traje único.—Trajes de casa.—Trajes de Sport, de Teatro, de Fantasía.-Las creadoras de la moda.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL

Las cartas.—Las tarjetas.—Las visitas.—Las bodas.—Los bautismos.--Bailes.--Tés.--Pésames.—La conversación.—El salón.—Recibos en casa.—Los huéspedes.—Relaciones sociales.—Los paseos.--El Teatro.—Regalos.—Las comidas.—Presentaciones.--Relaciones familiares.--Juegos, Sports.—Estudios y lecturas.

BELLEZA FÍSICA

Preceptos higiénicos del tocador para la conservación de los cabellos.—Los ojos.—La nariz.—La boca.—El cutis.—Masage.—Gimnasia.—Electricidad.—Régimen alimenticio.—El crecimiento.—La delgadez.—La obesidad.—Los baños.—Las manos.—El busto.—Las formas.—El pie.—Secretos para no envejecer.—Las arrugas.—Disimulo de los defectos.—Los lunares, etc.

EL HOGAR

El arte de amueblar.—Organización de la casa.—El salón. El tocador.—El comedor.—La alcoba.—La despensa.—La cocina. — El despacho. — Flores. — Bordados. — Encajes. — Ropa blanca.—Costura y planchado.

LA MUJER CONTEMPORÁNEA

Sus derechos.—Las conquistas del sufragismo.—Lo que debe saber... La joven.—La esposa.—La madre.—La abuela.—La viuda. — La soltera. — La gran dama.— La señorita. — La funcionaria. — La artesana. — La aldeana. — La religiosa. — La sirviente, etc.

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

Administración; Calvo Asensio, núm. 3.

LAS ROPAS

SU CONSERVACION.—LAVADO Y PLANCHADO.—PIELES, GUANTES, VELOS, TULES, SEDAS, TERCIOPELOS, ETC.

CAPITULO PRIMERO

Las ropas y su conservación.

Los vestidos y las ropas son cuestiones que requieren grandes atenciones de parte de la directora de un hogar.

Las ropas se dividen en ropas de casa y de uso personal. Comprenden las primeras, manteles, servilletas, sábanas, almohadas, toallas y trapos de limpieza. Las segundas se subdividen en interiores y exteriores.

La dueña de casa ha de cuidar de que haya la provisión necesaria de cada una y que se encuentre siempre en perfecto estado de conservación, reponiendo la que se vaya quedando inútil por el uso sin ser ya susceptible de compostura.

Se sabe que los vestidos son la envoltura que protege el cuerpo del hombre y le libra de la influencia demasiado brusca de los agentes exteriores; por lo tanto, ha de reunir condiciones higiénicas, al mismo tiempo que llene las que la posición social impone a cada uno, pero sin salirse jamás de lo que esa posición y los medios económicos de que dispongan permita.

Para esto la mujer necesita tres cosas: saber, siquiera sea sumariamente, las leyes físicas y químicas en que se apoya la higiene del traje.

Conocer los tejidos y poder apreciar su bondad y duración.

Poseer ciertos conocimientos prácticos que permitan suplir con el trabajo personal la escasez de recursos.

Condiciones higiénicas

Los vestidos nos aislan del medio ambiente y deben ser más o menos espesos según la temperatura exterior, para conservar a nuestro cuerpo su calor natural de unos 37 grados; mas no deben, por ningún concepto, oponerse a la transpiración, que es una necesidad psicológica. No deben ejercer ninguna compresión ni frotamiento capaz de contravenir el funcionamiento de los órganos.

Las propiedades aisladoras del vestido dependen de la materia primera que ha servido para el tejido, de la manera de fabricarlo, de su color y hasta de la forma del traje.

Los productos que nos vienen del reino animal, la lana y la seda, se colocan en primera categoría, a causa de su poca conductibilidad de calórico y de sus propiedades higrométricas, que les permiten retener en su superficie la humedad que les viene del exterior.

Con un vestido de lana sobre la piel, se pueden resistir las más bruscas variaciones de temperatura.

Los tejidos de origen vegetal son menos aisladores; el algodón lo es más que el hilo.

Es un error mirar el hilo como más higiénico; absorbe fácilmente la humedad y la deja pasar lo mismo. Naturalmente, toma del cuerpo el calórico necesario a la evaporación, y por consiguiente, le resfría.

Pero en realidad, del tejido depende más que de la materia. Así se ve las diferentes condiciones de telas de lana, por ejemplo, paños, franelas, terciopelos, etc.

Desgraciadamente todo tejido de lana espeso es propio para recibir miasmas y conservarlos. Las camisas de franela no deberán llevarse más que dos días seguidos.

El color es de gran importancia, porque absorbe y refleja los rayos solares y por la influencia que ejerce en los organismos, cosa que también se ha tenido en cuenta al hablar de las habitaciones. El negro es de fácil conductibilidad para el calórico, lo absorbe con viveza y lo irradia del mismo modo; es decir, se acomoda bien al equilibrio del medio ambiente. El blanco tiene las propiedades contrarias, rechaza enérgicamente el calórico y lo esparce con dificultad. Los vestidos blancos son, pues, los más calientes para el invierno y los más frescos para el estío. Por eso, ya que no se pueda vestir de blanco, es conveniente que sea blanca toda la ropa de casa y la ropa interior.

El prisma, por la descomposición de la luz, nos da una gama de colores que van del rojo al violeta y se aproximan más o menos a las propiedades del blanco y el negro: rojo, naranja, amarillo, verde, morado y violeta.

En cuanto a las telas impermeables, de cualquier clase que sea, las miramos como peligrosas. Provocan el sudor y se oponen a la eliminación de los productos de la transpiración cutánea, envenenándonos con la reabsorción de nuestros propios miasmas.

El corsé es una prenda del traje muy debatida y que no han logrado desterrar todos los esfuerzos de los higienistas. Al fin se conviene en que el hecho a la medida de modo que se ciña al cuerpo, sin oprimirlo, no contraría las leyes de la higiene. Aquí la contravención es mortal, porque lesiona y oprime los órganos más importantes de la vida: corazón, pulmones, hígado, estómago, intestinos y matriz. Las jovencitas no deben llevar corsé con ballenas antes del desenvolvimiento completo. Sólo en caso de torceduras o desviaciones de la columna vertebral, se debe acudir al médico para la adquisición de un aparato o corsé higiénico.

Del mismo modo se evitarán los zapatos demasiado estrechos, que pueden dar origen a accidentes circulatorios, y las ligas, guantes ajustados y cuanto pueda oprimirnos.

Los sombreros de mujeres y hombres que pesan sobre el cerebro durante mucho tiempo, no son ajenos a las enfermedades mentales, tan frecuentes hoy en día.

El vestido, más o menos rico, según modas, gusto y fortuna, debe componerse de camiseta de lana blanca finísima, camisa y pantalón de algodón, también blancos y ancha de cuello la primera; corsé o cinturón que no oprima ni moleste, una ligera enagua para las mujeres y el vestido exterior blanco con preferencia. La calidad de los tejidos depende de la estación. El peso del vestido debe repartirse por igual en cintura y hombros, sin fatigar a unos ni a otra. Para las mujeres se recomienda siempre el pantalón cerrado, y para todos el llevar el vientre abrigado en el invierno con una faja de lana, que no lo oprima.

Las medias o calcetines que no estén coloreados de tintes nocivos al diluirse en el sudor y ser absorbidos, las ligas que no aprieten y el sombrero ligero y que deje circular el aire alrededor de la cabeza. Del mismo modo los guantes y brazaletes no deben oprimir tampoco. Las colas son nocivas a la salud por el polvo y miasmas de que impregnan el aire al arrastrarse.

Terminaremos esta corta nomenclatura de las líneas higiénicas que han de informar en la elección de trajes señalando la costumbre de las damas que se descotan en invierno para ir a banquetes, teatros y bailes. ¡Cuántas muertes ha originado esta funesta costumbre! Los salones necesitan mantenerse a una alta temperatura para estas mujeres «medio vestidas» y los hombres llegan a transpirar con frecuencia, y recurren a bebidas, helados o a buscar corrientes de aire, que les hacen también víctimas de tan funesta costumbre. Se saben estos perjuicios y se sigue sin evitarlos. Es culpable responder a lo que unidas exigen la higiene, la razón y la humanidad con estas dos estúpidas palabras:

—Es moda.

Veamos ahora algunas indicaciones para que la dueña de casa sepa elegir las telas.

Los tejidos de hilo son producto de las fibras textiles de plantas sometidas a una serie de manipulaciones que no son del caso. Los filamentos toman el nombre de hilo y los resíduos el de estopa. Las cualidades y defectos del hilo se adquieren en la tela, llena de nudos o de cabos y falta de solidez.

Los fabricantes procuran disimular estos defectos pasando las telas por un cilindro que las prensa, pero esto se conoce en el aplastamiento de los hilos. Así, pues, «una tela para ser buena, necesita presentar el hilo redondo y el tejido perfectamente unido.»

Los tejidos de algodón provienen de las pelusas que recubren en su madurez las semillas del algodonero.

Hay diferentes variedades de algodón, de las que se hacen el nankín las muselinas, los tules y las telas corrientes. Aunque es más barato que el hilo este da mejores resultados. El algodón se usa más para las ropas de casa.

Se hacen telas cuya trama es de algodón y el tejido de hilo y es muy difícil reconocerlas.

Puede, empero, tomarse un pequeño trozo, deshilacharlo y ponerlo a cocer en un poco de lejía cáustica; las hebras de hilo y de otras materias tomarán un color oscuro al cabo de algunos minutos, las de algodón apenas amarillean un poco.

Los tejidos de lana provienen de diversos animales, en especial del carnero. Se sabe que la raza de los merinos es la que tiene más bella lana. Estos tejidos son de tres suertes: fieltros, tejidos de pelos largos, como los paños, y los tejidos lisos, como los merinos, cachemiras, etc.

Se falsifican mucho las telas de lana con la mezcla de algodón, pero no hay nada tan fácil de conocer; basta hervir un pedazo de tela durante un par de horas en lejía cáustica. Al cabo de ese tiempo la lana se ha disuelto en el líquido y el algodón queda intacto.

El valor de las sedas y su duración en el uso dependen, no solo de la calidad de la seda, sinó de los procedimientos de tintura y fabricación. Se distinguen dos especies de sedas: las teñidas en crudo y las cocidas, pero las falsificaciones que se hacen en unas y otras son difíciles de reconocer. Lo mejor es comprarlas en un comercio de confianza.

Confección de la ropa

Las formas varían con frecuencia según usos y caprichos de la moda, por lo que es importantísimo que la dueña de casa entienda del modo de cortar y coser, pues con habilidad pueden componerse infinitas cosas que la modista no tiene voluntad de hacer.

Una mujer entendida, con poco gasto, lleva siempre elegante *toilette* y sabe dirigir con economía la de la familia.

En los periódicos de moda y en las academias de corte se encuentran por precios módicos patrones a la medida. Estos, y una buena máquina de coser, son dos elementos esenciales para llevar a cabo toda obra de confección. La señora sola, o con ayuda de la doncella o costurera, en casa podrá arreglar sus vestidos, los de los niños, la ropa interior y la ropa de casa. Las máquinas bordadoras pueden dar elementos para adornos de varias clases, aplicaciones, etc.

La mujer previsora no debe hacer grandes provisiones de ropa, sino lo necesario, renovando según las modas.

Cuando los vestidos se estropeen, es mejor venderlos a una prendera que darlos a los criados, porque esto tienta su codicia, y es preferible hacerles otro regalo.

Una de las cosas que exigen mayores cuidados es conservar de una estación a otra los vestidos.

Los de verano no demandan grandes atenciones: basta limpiarlos de polvo y de manchas y colocarlos en un armario, envueltos en tela de muselina. Las batistas, encajes, tules y telas fáciles de lavar, se deben guardar bien limpias, sin perjuicio de volver a prepararlas cuando se vayan a usar. No se deben guardar planchadas ni con almidón.

Los vestidos de invierno, sí exigen los cuidados más minuciosos para ser preservados durante el estío de los ataques de los insectos que los destruyen. Las lanas y pieles son las más amenazadas.

La primera condición para librarlas es hacerlas limpiar y conservarlas en habitaciones aireadas y claras. Pero no basta eso solo para tener seguridad completa. Tampoco matan a los insectos los polvos de alcanfor y de pimienta. Sólo a los polvos de naftalina no pueden resistir.

He aquí cómo se procede:

A los primeros calores, antes de que los insectos empiecen a desarrollarse, se examinan los vestidos de invierno, se limpian y se exponen al sol durante varias horas y se cepillan cuidadosamente.

Supongamos que se van a guardar en una maleta. Se extienden unas hojas de papel fuerte y se echa sobre ellas una capa del polvo insecticida, se van colocando los vestidos, poniendo de dicho polvo entre todos los pliegues hasta que se han agotado. Se recubren bien con las hojas de papel y se envuelven en un lienzo almidonado o de tela nueva. Se cierra en seguida la maleta y no se la vuelve a tocar hasta el invierno siguiente.

Las pieles se preparan del mismo modo, tanto las malas como las buenas, pues si las primeras se descuidaran contagiarían a las otras. Las más delicadas hay que envolverlas cada una por separado en la capa de hojas de papel y funda de tela llena de polvos insecticidas. Es conveniente sacarlas, cepillarlas, exponerlas algunas horas al sol y repetir la operación varias veces durante el verano.

Hay que advertir que estos polvos insecticidas no comunican ningún olor a los vestidos y pueden permanecer dos años sobre telas blancas o cachemires sin dejar en ellos la menor huella.

Es importante que a los vestidos de invierno se les quiten las manchas de gra-

sa antes de guardarlos, pues de lo contrario, con la fermentación producida por el calor, podrían hacerse indelebles.

Para marcar ropa

La ropa fina se marca con bordados más o menos complicados y la usual con algodón de colores. Estas marcas se rompen y decoloran con el uso y requieren además gran trabajo si se han de hacer en todas las prendas de ropa.

En evitación de esto y de que haya prendas sin marca, se usan tintas indelebles.

Para emplear éstas se moja la parte que se desea marcar en un licor compuesto de media onza de subcarbonato de sosa, cuatro onzas de agua y tres adarmes de goma arábiga; se deja secar y luego se frota, para alisarlo, con cualquier cosa dura y muy lisa, a fin de que la tela quede estirada y en forma de poder escribir sobre ella.

Realizada esta operación previa se escribe con una pluma que no se haya usado en otra tinta que con la de marcar, hecha según la siguiente forma:

Nitrato de plata.....	2 adarmes
Agua destilada.....	6 »
Goma arábiga.....	1 »

Se mezcla todo bien, hasta conseguir la fusión de los distintos elementos.

Otra fórmula

Disuélvese

Goma arábiga.....	40 gramos
Prusiado de potasa.....	6 »
Agua destilada.....	2 dracmas

Bien disuelta esta mezcla, se mojará en ella durante un cuarto de hora la parte de tela que haya de marcarse, dejándola secar y alisándola en la forma que la anterior.

Para escribir se empleará la siguiente tinta:

Durante un cuarto de hora se hace hervir en agua dos adarmes de nuez de agalla perfectamente triturada y machacada. Se cuela por un lienzo y se le agregan 80 gramos de sulfato de hierro, o sea caparrosa verde. Las marcas hechas con ambas tintas, cuando la tela ha sido previamente preparada, resisten a las fuertes lejias y sólo se borran arrancando el pedazo.

CAPITULO II

Lavado de la ropa.

Los cuidados que exige la ropa para su completo estado de limpieza son el lavado, plancha y compostura, que una dueña de casa se cuidará de organizar.

Generalmente la plancha y el lavado se hacen fuera de casa, y las composturas de repaso o la ropa en ella por la doncella o costurera que viene al efecto. Sucede también que todos estos servicios se hacen en la misma casa por las criadas, y hasta ayudadas por la dueña.

Si se hacen fuera de casa, la señora cuidará de que se reunan en un saco o cajón destinado al efecto todos los trapos que se ensucien durante la semana, y el lunes, a la hora marcada para entregarlos a la lavandera, se separarán apuntándolos en una libreta destinada al efecto en la forma siguiente:

PRIMERA SEMANA DE DICIEMBRE

	Número	Importe.	Total
Camisas	6	0,10	0,60
Chambras	4	0,08	0,32
Sábanas	8	0,12	0,96
Toallas	2	0,06	0,12
TOTAL	20		2,00

También en vez de estas libretas impresas hay tablas llenas de agujerillos en los que se introduce un palito, especie de clavija de guitarra, que por el número de agujeros que quedan entre él y el nombre de la prenda indican el número de éstas.

Estas tablas son peor que los cuadernos, pues están expuestas a caerse las clavijas o a cambiar de sitio sin que se advierta y no se guarda la cuenta del coste, prendas, etc., para establecer las comparaciones.

Generalmente el jueves la lavandera hace a la criada entrega de la ropa limpia, empezándose entonces el repaso: cintas, botones, composturas, etc.

El viernes por la tarde ya puede empezar el planchado y preparar las prendas

que se hayan de mojar en almidón, de modo que se terminen estas operaciones, para que el sábado en la noche, bien seca la ropa, la doncella, ayuda de cámara o la misma señora, puedan poner la muda completa, cosa que también debe hacerse todos los jueves, por lo menos, pues, es perjudicial costumbre conservar la ropa toda una semana; la camisa, camiseta y calzoncillos deberán cambiarse todos los días.

En el supuesto de que se haga el lavado, plancha y limpieza de la ropa en casa, cosa muy recomendable para que no se mezcle con la de otras personas cuyo estado de salud no sea completo, y sobre todo en épocas de epidemia, se deben tener habitaciones destinadas a estos usos y un servicio de material completo.

Veamos el de lavado y después trataremos del de plancha.

Esto primero es muy sencillo.

Basta con una gran pila donde el agua se renueve con facilidad, provista de tabla, o mejor de buenas piedras que no rayen la ropa, un *cocio* de barro para la colada (especie de tinaja con un orificio de salida en la parte inferior) y cuerdas al aire libre y al sol para secar la ropa.

Hoy se usan también los lavaderos mecánicos en vez de pila y economizan además la lejía. Se necesita una tabla para quitar las manchas.

La caja donde se guarden los reactivos y lejías en frascos de cristal o botes de porcelana, cada uno con su letrero, no ha de dejarse al alcance de los niños ni en sitio que se pueda confundir con los condimentos de cocina.

Esta caja contendrá:

Amoníaco líquido.
Esencia de trementina rectificada.
Vinagre de madera.
Naftalina.
Bencina.
Sal de hacederas.
Greda.
Tierra preparada para quitar manchas.
Pastillas para quitar manchas.
Alcohol.
Carbonato de sosa.
Jabón de palo.
Agua de Javel,
Cloruro de cal.
Panamá.

Debe contener también dos pinceles de pelo corto, dos o tres esponjitas, varios vasitos y una brocha común.

El jabón se guardará en sitio seco, pues endurecido dura más y da mejor resultado para el lavado. Se tendrá también al comprarlo cuidado de que no esté húmedo, porque los comerciantes lo adulteran con agua para aumentar su peso.

Para el lavado se emplean dos especies de jabón: el de potasa y el de sosa, llamado también jabón de Marsella. Se diferencian por la base, pero dan el mismo efecto. El primero es más blando y se emplea en todas las operaciones preliminares y en las telas gruesas; el segundo se prefiere para las telas finas, así como para el lavado de las franelas y demás telas de lana.

El mejor jabón es el gris blanco, moteado de verde en el interior; estas manchas, que se forman con un poco de sulfato de hierro, son una garantía de la buena calidad del jabón. Los que las tienen no contienen más que un 30 por 100 de agua, mientras que los otros de la misma clase llegan al 70 y al 80 por 100 sin ellas.

Suponiendo que vamos a lavar en la casa, esta operación se divide en las siguientes partes:

1.ª Apartado de ropas
2.ª Remojo.

3.ª Jaboneo y frote.
4.ª Aclaramiento.
5.ª Colada.
6.ª Enjuagamiento.
7.ª Torcimiento.
8.ª Secamiento.

Apartado de ropas.

No deberá jamás juntarse la ropa toda revuelta. Han de separarse, pues, las prendas por su tejido: lana, hilo o algodón, en grupos distintos; después, por su tamaño: pañuelos, paños de tocador, etc., por el grado de suciedad que representen y por su finura, encajes y adornos delicados. Las ropas de color y las blancas no se lavarán tampoco juntas jamás.

Remojo.

Se procede a echar en remojo todas las que tengan exceso de almidón: camisas de hombre, cuellos, puños, enaguas. Lo mejor es enjabonar las prendas y dejarlas toda la noche para que se vayan ablandando las manchas. En muchas partes se usa para esto la *barilla,* producto vegetal de plantas ricas en sosa que se parten en pequeños pedacitos y se conservan en panes

Jaboneo y frote.

Es una de las operaciones principales que se hacen al día siguiente. Muchas personas retuercen, restregan y apalean brutalmente la ropa, que se resiente, como es natural, de semejante trato. Debe restregarse bien, pero sin exceso, poniéndole varias veces jabón, «echándole varios ojos de jabón»—dicen las lavanderas en su lenguaje técnico—, hasta que quede limpia y blanca.

Aclaramiento.

Este consiste en hondear bien la ropa en agua y que no le quede la menor huella de jabón para proceder a la colada. Algunas personas la hacen secar antes y otras se limitan sólo a escurrirla bien.

Colada.

Es operación fundamental y de gran importancia en la higiene, pues mata toda clase de microbios.

Amontonada la ropa dentro del cocio, se cubre con una tela de algodón fuerte que se llama *cernedero,* y sobre ella se coloca una capa de ceniza (la mejor es de carbón vegetal, que se guarda de las hornillas de casa. Como se ve, en la buena economía no se desperdicia nada). Estas cenizas suministran la lejía de carbonato de potasa.

Caliente ya el agua, a una temperatura que no deberá bajar de 80°, se vierte sobre las cenizas, de las cuales disuelve el álcali, penetrando poco a poco en las ropas y disolviendo las substancias extrañas que le resten; al llegar al fondo sale por el tubo de que al hablar del cocio hicimos mención, y se recoge en una cuba, para calentarla de nuevo y volverla a verter sobre las cenizas, repitiendo esta operación varias veces.

La última vez se cerrará este tubo, dejando la lejía por un espacio de tiempo, que puede variar de 12 a 20 horas.

Debe tener cuidado la persona que realiza esta operación de librar sus ojos del humo de la lejía y no respirar la atmósfera que despide, así como de que no le caiga sobre las manos, por lo que al sacar la ropa del cocio lo hará con un palo agarrador a propósito.

Se emplean también lejías preparadas, que se mezclan con el agua en vez de la ceniza.

Otros procedimientos se siguen en la colada. El aconsejado por Bardel, que consiste en un aparato de vapor que hace subir la lejía hirviendo a la ropa, del modo que vemos en el agua de las cafeteras.

El otro, más sencillo, consiste en hervir la ropa junto con la lejía.

Cuando en vez de lejía se usan reactivos, se vierten sobre la ropa antes de empezar la otra operación.

Debe advertirse que las telas de lana jamás se meten en lejía ni en agua caliente.

Enjuagamiento.

Después de la colada torna la ropa a la pila, donde vuelve a restregarse con un buen *ojo* de jabón y aclararla en agua clara, de modo que ésta ya no se enturbie y se tenga la seguridad de que las telas no llevan el menor resíduo, no ya de suciedad, sino de lejías y jabones que pueden irritar la piel del que las use.

En esta operación algunas añaden el *azuleo*, que consiste en cocer en agua un puñado de ortigas, o poner, también en agua, una muñequilla llena de añil. Se sumerge un rato la ropa en esa agua y toma un lindo color azulado muy agradable a la vista y que hace resaltar aún más su limpieza.

Torcimiento.

Una vez aclarada la ropa, se retuerce y estruja bien para quitarle el agua y poderla tender. En esta operación se tendrá cuidado con las ropas finas, porque un retorcimiento demasiado fuerte las hace sufrir y las deteriora.

Secamiento.

En los grandes talleres de lavado y plancha se emplean para esta operación estufas de vapor, en las cuales orean las ropas en el plazo que se desea con dar

más o menos presión al vapor y producir un determinado número de atmósferas. Así realizada, la operación del secamiento tiene mayores ventajas que al aire libre, porque se gana tiempo, y porque el vapor mata completamente cualquier germen nocivo que pudiera quedar. En caso de no tener estufas, las ropas se secarán al sol; y si esto no fuese posible, se dejarán por lo menos veinticuatro horas, día y noche a la intemperie.

Ha de tenerse cuidado de sacudir y estirar la ropa antes de que se reseque mucho y se arrugüen los lienzos.

El agua de Javel, de que hemos varias veces hablado, goza de gran fama en el extranjero, especialmente en Francia, que es su país de origen y donde se hace de ella enorme consumo. Consiste en una disolución de hipoclorito de potasa que goza de cualidades detersivas y decolorantes.

Se elabora haciendo pasar una corriente de cloro gaseoso a través de una solución de dos kilogramos de subcarbonato de potasa en 17 kilogramos de agua pura.

También se vende una mezcla de hipoclorito de potasa y de sosa cáustica, que surte el mismo efecto.

Advertimos a las lectoras que todas las lejías artificiales son venenos temibles, y que cuando se empleen hay que tomar precauciones y aclarar la ropa con mucho esmero.

Pastillas para quitar manchas.

Jabón blanco raspado.....	64	gramos.
Alcohol.....	32	»
Yemas de huevo.....	2	»
Esencia de trementina.....	16	»

Bicarbonato de magnesia, la cantidad suficiente.

Disuelto el jabón bien raspado en alcohol, se mezcla todo en un mortero, menos la magnesia, y se forma una pasta, de la que se hacen las pastillas Se deja secar y se hace el uso que se desee.

Para servirse de ellas se humedece la mancha, se pasa por éncima la pastilla y se restriega bien con un cepillo para aclararla después en agua pura.

Otra fórmula.

Jabón raspado.....	64	gramos.
Potasa.....	12	»
Aceite esencial de enebro...	6	»

Estas pastillas se preparan como las anteriores y sirven para quitar toda clase de manchas de pez, resina, pintura, barniz, etc..

Para las grietas de las manos.

Las lavanderas son muy propensas a tener grietas en las manos y deben frotarse la parte agrietada con una pomada hecha del modo siguiente:

Mucílago de semilla de membrillo.....	1	onza.
Agua de azahar.....	4	»
Glicerina.....	1	»

Después de dada esta pomada se espolvorean con almidón las manos.

CAPITULO III

Planchado de la ropa.

La habitación destinada a la plancha debe ser muy espaciosa y ventilada y poseer cualidades a propósito: alta de techo, buena luz y facilidad para renovarse el aire del hornillo, que se tiene, por lo general, en la misma habitación en que se plancha. De este modo se evita que la planchadora respire con exceso ácido carbónico.

Si el cuarto no tiene estas condiciones, será preferible tener el hornillo en otra habitación, aunque cueste ir con frecuencia por las planchas.

En las casas de poca familia se calientan las planchas en el mismo hornillo en que se hace la comida; cuando se tiene hornillo aparte es preciso que tenga chimenea y llave de paso, como las estufas, para que salga el humo y se avive o amortigüe la lumbre, según convenga.

Las planchas.

Son de varias clases y tamaños; de punta aguda, roma y cuadrada, según para el objeto a que se destinen. Las planchas de vapor, que llevan la lumbre dentro de ellas mismas, son demasiado pesadas y obligan a la planchadora a respirar los gases de la combustión, por lo cual no son recomendables. Se usan también unas planchas de acero convexas, que se frotan sobre las superficies planchadas con las otras, especialmente en las que tienen almidón, para dar mayor brillo.

Los agarradores de la plancha de madera se requeman con frecuencia y se calientan también, por lo que son más prácticos todos de metal con un agarradero de paño, y satén, relleno de algodón en rama. La parte más suave se reserva para poner la mano.

La conservación de las planchas exige limpiarlas con aceite, con petróleo y con cera. Las personas peritas en este arte aconsejan que esa limpieza debe hacerse con papel esmerilado, o sea de «lija». Tan pronto como se ha concluído la tarea del día deben meterse las planchas en agua fría, secándolas luego muy bien.

La mesa de plancha no debe ser ni muy alta ni muy baja: ha de construirse de madera sólida y de un espacio no menor de un metro cuadrado para cada planchadora.

Ha de estar cubierta de una buena manta, a ser posible de paño, y después con una tela blanca que no tenga pelusa y sin costura alguna, para que ésta no se marque en el planchado.

En uno de los extremos de la mesa, a la derecha, estarán situadas las trébedes para dejar la plancha y los trapos necesarios a su limpieza.

Colocada también en la mesa, o cerca de ella, se tendrá una taza grande con

agua bien pura y limpia; otra con el almidón que sobró de almidonar las prendas que han de plancharse, y por último, un lienzo seco y limpio o un pedazo de franela blanca. Para cada taza habrá una muñequita de hilo muy fino y limpio.

Cerca del hornillo se coloca una tabla con trapos para limpiar las planchas y una muñequita de cera o papel con aceite para engrasarlas.

Por último, se ha de tener un sitio bien seco donde poder colocar la ropa para que acabe de orearse según se vaya planchando.

El trabajo previo de la plancha consiste en el almidonado. Se emplean varias fórmulas.

Para un cuartillo de agua se echan dos terrones de bórax del tamaño de una nuez común, dos cucharadas de raspaduras de bujías de esperma o estearina y media cucharada de esperma de ballena muy blanca y limpia.

Para obtener la mezcla se pone a la lumbre una vasija vidriada que no haya servido para otro uso con el agua y luego el bórax y las espermas. Tan pronto como empiece a hervir se retira del fuego sin dejar de batirla o agitarla, hasta que todo se haya hecho una mezcla, bien y distintamente desleída. Una vez que esté fría se echa en la jofaina limpia, agregándole 170 gramos de almidón de la mejor clase, siendo conveniente amasarlo y desleirlo con la mano, a fin de que la mezcla se realice bien. Si esta mezcla resultase un tanto espesa, se añadirá agua hasta que quede como la planchadora la desea. Se cuela, valiéndose de un paño blanco y fino, que se mueve bien, a fin de que pase todo el almidón.

Si no se quiere la ropa con brillo, se suprimen las espermas, por lo menos la de ballena.

La ropa almidonada se moja la noche anterior u ocho o diez horas antes de planchar. Hay que cuidar de que el mojado sea por igual. Se sumergen en el líquido una a una las piezas: puños, cuellos y pecheras, y después de mojados se sacuden y restriegan para que el almidón se extienda por igual. Se retuercen y vuelven a sacudirse, liándolos bien arrollados en una sábana o lienzo muy limpio, a fin de que conserven la humedad. Los puños, cuellos y objetos pequeños bastará con mojarlos con un par de horas de anticipación a aquella en que deben plancharse.

Hay otro método que se llama *almidón cocido* y que se emplea en enaguas, faldas, ropa de criados, y en general, en todo lo que reclama poca delicadeza.

Se pone el almidón desleído en agua fría a la lumbre y se menea hasta que cuece y forma una gacheta. cuidando de que no se formen grumos. Después se pasa esta pasta a la jofaina llena de agua y se deslíe en ella.

Se moja la ropa restregando y sacudiendo como en el caso anterior, pero en vez de torcerla se pone a secar al sol o al vapor. Después de seca, se plancha, humedeciéndola con agua.

Es una plancha menos delicada, pero muy ligera, y las telas así preparadas conservan mucho tiempo el apresto.

La ropa que se plancha en liso deberá humedecerse ligeramente con agua.

Las formas de planchar las diferentes prendas son más hijas de la práctica que de las explicaciones.

Las camisas de hombre se empiezan a planchar por los puños, operación que ha de hacerse del revés para después sacar el brillo por la parte exterior. Concluídos que sean los puños, se les sujeta enrollados con una goma elástica o con una cinta, empezando a plancharse el cuello y después la pechera, a la que se estira bien antes para quitarle las arrugas. Cuídese de humedecer con agua o con almidón las partes que se hubieran secado.

Debajo de la pechera, es decir, entre ésta y la espalda, se coloca una franela blanca de modo que doblada dé el ancho de cada uno de los lados. Se orea con el paño previamente preparado o se humedece con la muñequita, según el caso. Se empieza a planchar por la hoja izquierda. Después de bien planchada se retira la franela y se coloca en su lugar una tabla muy bien cepillada y lisa de las mismas dimensiones que la franela. Esta tabla puede estar sin vestir, pero en ese caso necesita ser de madera muy seca y nada resinosa. Lo mejor es recubrirla de tela

blanca para tener más seguridad de que no manche la camisa. Planchadas las dos hojas de la pechera, se procede a sacar brillo.

Al llegar a este punto, la planchadora debe tener en cuenta dos cosas: que si la plancha está excesivamente caliente corre el riesgo de quemar la tela, y que si la plancha está fría no podrá sacar el apetecido lustre. Así, pues, usará una plancha convexa en su verdadero temple, humedecerá con una muñequita y agua clara uno de los lados planchados de la pechera, el izquierdo primero, y con el lado derecho de la plancha muy despacio y apretando mucho conseguirá sacar el brillo. Cooperan a este resultado el temple de la plancha, la humedad de la pechera y la tersura de la tabla. Si se nota alguna mancha o mota se raspa y lava con la muñequita, sacándole brillo después hasta que se iguale con el resto. Del lado izquierdo se pasa al lado derecho de la pechera, y para que el primero no estorbe, se mantiene en alto colocando debajo de él una franela enrollada. En la misma forma se saca brillo a cuellos y puños.

Una vez terminadas estas operaciones se estira el resto de la camisa y se dobla dando vueltas a las mangas sobre los puños hasta el hombro, de modo que asomen los puños detrás del cuello. Los lados y la parte inferior se doblan hacia la espalda para que luzca sobre todo la pechera. Se sujeta con unos alfileritos finos que ni rompan ni manchen.

Si la pechera fuese bordada, después de haber sacado el lustre se volverá del revés y con hierros que hay a propósito o con la punta de la plancha aguda, se aprieta bien por cima de los dibujos para que salga el realce al otro lado.

Las camisas de señora, chambras, peinadores y demás prendas blancas, finas y con encajes, se empiezan a planchar por éstos. Los bordados se planchan por el revés, estirando bien las ondas, y lo mismo los festones. Tanto puntillas como volantes pueden rizarse con tenacillas más o menos gruesas, según el gusto, o disponerlos en pliegues después de planchados, volviendo a pasar sobre ellos una plancha.

Un poco de añil puesto en una muñequilla en el almidón da a todas estas prendas un lindo color azulado.

Para las enaguas se siguen las mismas reglas, haciendo el almidón más fuerte. Mejor que mesa para plancharlas son unas tablas de metro y medio de largas por cuarenta o cuarenta y cinco centímetros de ancho a la derecha, y diez menos en disminución a la izquierda, que se coloca entre dos caballetes. Se mete en ellas la enagua, el bajo hacia la parte ancha, y se empieza a planchar por él; se va echando hacia atrás lo planchado. Las enaguas no se doblan ni se les señalan dobleces con la plancha como a todas las demás prendas.

Los chalecos de caballero, vestiditos y blusas de piqué, etc., se planchan humedeciéndolos con agua, y si se desean con brillo mojándolos en un agua de almidón muy clara.

Si estuviese bordada en relieve se plancha por el revés, y en caso contrario por el derecho, poniendo un lienzo fino entre ellas y la plancha.

Las sábanas bordadas siguen las mismas reglas de la ropa blanca que dejamos explicadas. Las sábanas lisas, almohadas, mantelerías, pañuelos, toallas, etc., se humedecen con agua clara y se planchan del centro a las orillas. En las mantelerías adamascadas se plancha por el revés, y en las demás telas por el derecho. Ha de cuidarse de doblar bien y simétricamente.

Las cortinas, visillos y telas transparentes, se planchan con almidón, sobre una franela, de alto a abajo, y ha de cuidarse mucho de apretar para que no haya ondulaciones. En esta clase de telas no hace preciso pasar la plancha con mucha rapidez.

No es bueno apreciar el calor de la plancha acercándola a la cara, como hacen algunas planchadoras. Lo mejor es ponerla vertical y verter en ella unas gotas de agua. Si las gotas se evaporan en seguida, el calor es demasiado fuerte y no se puede usar; si resbalan y caen, tienen un grado de calor más moderado y en relación con lo que hayan tardado en caer. En el caso de que el agua se quede en la plancha y hierva o se requeme, está demasiado fría

La plancha fría en el almidón se pega a él y lo requema, quedando señalada en la tela.

Siempre deberá probarse la plancha sobre un pedazo de tela húmeda antes de ponerla sobre la prenda que se trata de planchar.

Detener la plancha sobre la tela mientras mira o conversa, es un descuido imperdonable en una planchadora, así como dejarla descansar en otro lugar que no sean las trébedes.

Las prendas de lana o de franela exigen muchas precauciones para no quemarlas o tostarlas, porque si están secas o la plancha caliente, toman un color amarillento o rojizo que no dasaparece ya nunca. Lavada una prenda de franela, de lana o de bombasí; se envuelve después de retorcida en un paño fuerte, y cuando éste ha absorbido la humedad principal, se desarrolla y extiende la prenda sobre la mesa de plancha; se toma ésta menos caliente que para las prendas de algodón y se coloca un paño encima. Se pasa la plancha despacio y levantando con frecuencia el lienzo para ver si la prenda queda tersa y suave y sin tomar color.

Terminada la operación se retira el lienzo y se da un repaso general con la plancha casi fría.

CAPITULO IV

Modo de limpiar y conservar telas y efectos delicados.

Para limpiar los vestidos de colores y telas delicadas es mejor emplear los procedimientos en seco.

Esto es lo que se denomina quitar manchas, y se emplean los procedimientos diversos en seco o de lavado que en las recetas que siguen pueden verse:

Limpieza de la seda.

Para limpiar por completo un vestido de seda, se deben descoser los pedazos reunidos, sacudir el polvo, después extender estos pedazos en una mesa o en una tabla para evitar el menor pliegue y frotar siempre en el mismo sentido con un cepillo suave empapado en la mezcla siguiente: un litro de agua, 125 gramos de jabón, 125 gramos de miel. Todo se hierve reunido; se le añade un decilitro de aguardiente. En seguida se lava cuidadosamente el cepillo y se frota de nuevo la tela, siempre tendida, con agua fresca; después se quitan los pedazos de seda

para ponerlos a secar. Es necesario tener cuidado al tenderlos a fin de evitar aun los pliegues.

Otro procedimiento recomendado. Sobre todo para las cintas y el raso.

Se extiende el objeto para limpiar después de haberle sacudido el polvo cuidadosamente. Se ponen en el fuego cerca de dos litros de agua, en los cuales se echa poco más o menos el grueso de un huevo de sal de amoníaco y se remueve esta mezcla hasta que esté tibia; con una esponja fina se frota la tela repasando muchas veces sobre los sitios manchados. Estando la esponja muy mojada, la tela se encuentra francamente empapada. Se debe obrar vivamente y planchar en seguida con la plancha caliente, cuando la seda está todavía húmeda.

Otro procedimiento.

Sumergir la tela en agua clara, frotarla con un cepillo empapado en 50 gramos de miel, 50 gramos de jabón blando, 12 decilitros de aguardiente muy mezclado, estando la tela bien extendida, después sumergirla en agua conteniendo 65 gramos de goma en tres o cuatro repeticiones diferentes; dejarla escurrir sin torcerla. Se plancha cuando está húmeda, aplicando la plancha por el revés de la tela. También puede lavarse en una decocción de saponaria (hojas y raíz hervidas durante un cuarto de hora).

Otro modo recomendado consiste en lavar cuidadosamente patatas, rasparlas o cortarlas en pedazos si la seda fuese muy ligera y dejar macerar en agua fría durante dos días. Después colar este líquido y mojar la seda muy a menudo, evitando arrugarla. Extenderla en una tabla y enjugarla con un lienzo fino por el derecho y el revés. Se plancha por el revés.

Las sederías bordadas blancas se limpian con miga de pan reposado de dos días. Para la seda blanca unida (y no el raso) se emplea el agua muy caliente, en la que se disuelve jabón blando. Se frota con la mano la seda que está sumergida en esta agua y se enjuaga con agua tibia. Después se la extiende para secarla fijándola en un lienzo con la ayuda de alfileres.

Para limpiar las sedas negras después de haberlas extendido sobre una mesa, se las frota con una esponja empapada en hiel de buey mezclada con agua hirviendo, operando al derecho y al revés de la tela. Enjuagar con agua clara, frotando igualmente los dos lados. Se humedecen estos dos lados con agua conteniendo goma arábiga o gelatina: se seca poniéndola sobre un lienzo sujeta con alfileres.

Para limpiar el raso blanco se seca al fuego la miga de dos o tres días, se tamiza y se mezcla a una cantidad igual de azul pulverizado. Después se frota la tela y se enjuaga con un lienzo limpio y suave.

Cuando hay hiladillos de oro o plata grabados en la tela, es necesario frotarlos con un pedazo de terciopelo carmesí; esto volverá a las flores su primitivo brillo. Luego pasar la tela por una solución tibia de jabón, enjuagarla con agua igualmente tibia, secarla, clavándola con alfileres sobre una mesa recubierta con un cobertor de franela. Se hierve luego una poca cola de pescado en agua, de modo que el líquido quede moderadamente espeso; se mete dentro una esponja y se frota al revés de la tela; se enjuaga de nuevo, se pone con alfileres sobre la mesa, se cepilla y se pone a secar en un sitio caliente.

Manchas en la seda.

Para quitar éstas manchas es necesario desde un principio reconocer la naturaleza de la mancha y obrar con precaución. Nunca mojar un tejido antes de haberle sacudido el polvo. Para las telas claras un poco delicadas y lustradas, servirse del talco en polvo. Las telas manchadas se ponen de plano en un lienzo blanco plegado en muchos dobleces y colocado en una tela de lana espesa: después se esparce el polvo de talco sobre cada mancha, y recubriéndolas con un papel secante se plancha.

Otros procedimientos excelentes para todas las sedas: 1.º Extender la tela manchada sobre una mesa, obrar como precedentemente, pero reemplazando el talco por una gota de alcohol. Cuando la mancha casi ha desaparecido se acaba la limpieza derramando encima algunas gotas de eter sulfúrico; 2.º Empapar un lienzo fino de la mezcla siguiente: 60 gramos de esencia de limón y 40 de esencia de trementina rectificada y frotar suavemente la mancha hasta su completa desaparición.

La plancha caliente pasada sobre un papel secante, puesto sobre la mancha, la creta, la magnesia, la yema de huevo diluída en agua muy pura y el éter, quitan las manchas de grasa. En la seda negra y lustrada se quitan radicalmente todas las manchas grasientas friccionando vigorosamente la parte dañada con papel de embalaje marrón, empleado por todas partes en el comercio. El amoniaco y la bencina son igualmente eficaces, pero es necesario obrar con precaución, sobre todo si la tela es de color claro. El agua tibia basta para quitar las manchas de azúcar, de gelatina, etc. La bencina o el eter, empleados en muy pequeña cantidad, hacen desaparecer las manchas de las pinturas en aceite, del barniz, de la resina, etcétera. El espíritu de vino concentrado quita las de bujía. El agua de jabón tibia, el amoniaco, hacen desaparecer las manchas de vino tinto, de frutas rojas, de colores vegetales, etc. Pero es necesario asegurarse si el color de la tela es bastante fuerte para permitir el lavado de la mancha. La misma recomendación para el empleo del ácido tártrico diluído, que borra las manchas de tinta. El agua tibia quita las manchas de sangre y de albúmina. El amoniaco diluído y echado gota a gota, quita las manchas de vinagre, de los ácidos etc.; es necesario obrar con gran precaución si la tela fuese de color claro.

Las manchas de frutas de color de cuero desaparecen si se lava la parte manchada con agua de cloro caliente muy diluído; después se la enjuaga en seguida con agua clara. Las manchas de herrumbre no pueden «jamás» desaparecer; se debe, pues, evitar dañar la tela con ensayos inútiles. El lardo quita las manchas de alquitrán, de grasas ennegrecidas y de sebo; basta con frotar la parte manchada, después enjabonar y dejar algún tiempo reposar; en seguida se embebe en agua clara por el revés de la seda manchada.

Para quitar las manchas de lodo en unas enaguas o vestido de seda negro o de color oscuro, se embebe un trapo viejo con ácido cítrico muy diluído y se aplica ligeramente y sin frotar sobre cada mancha; esta desaparecerá en seguída. Las manchas de cal se quitan con el mismo procedimiento

Aunque muchas personas creen que el aceite no desaparece en la seda, se pueden, sin embargo, remediar esos accidentes. Cuando la mancha es antigua refrescarla con aceite fresco durante toda una noche, a la mañana siguiente quitarlo todo con esencia de trementina en una muñeca de franela. Es necesario tener cuidado de desdoblar el objeto y poner un lienzo por debajo para recibir la mancha.

Añadiendo a la trementina éter sulfúrico, se obtiene una mezcla aun preferible para quitar las manchas de aceite en la seda. He aqui las proporciones:

250 gramos de esencia de trementina.

30 gramos de éter sulfúrico.
En un frasco bien tapado.
Emplear, como se ha dicho más arriba, mojando las manchas con un pedazo de franela muy seca.

Limpieza del terciopelo y de la felpa.

Los terciopelos deben ser cepillados con un cepillo de grama suave. Para quitarle por completo el polvo, se extiende sobre el tejido arena seca muy fina y se cepilla hasta quitar toda la arena.

Cuando el terciopelo abrillanta, se le frota con una corteza de tocino, o bien se emplean los procedimientos siguientes; se pone una chapa de cobre en una estufa muy caliente, en el momento que este chapa está muy caliente, se le aplica encima un lienzo mojado en agua hirviendo y plegado en muchos dobleces. Se extiende encima el terciopelo, teniendo cuidado de poner el revés sobre el lienzo, e interín el vapor espeso se eleva, se cepilla ligeramente el terciopelo con un cepillo muy suave. Después se pone a secar el terciopelo sobre una mesa, teniendo mucho cuidado de evitar los pliegues, y todo el abrillantado habrá desaparecido después de su completo enjugamiento. Cuando el terciopelo está solamente aplastado o arrugado, se practica la operación en sentido contrario, es decir, que el revés del terciopelo se encuentre expuesto al vapor y el derecho reposado sobre el lienzo. Se le debe cepillar a contrapelo.

Hervir en una cazuela 25 centígramos de carbonato de amoniaco en polvo y un litro de agua. Cepillar el terciopelo y limpiarlo, a fin de quitarle todo el polvo; luego pasar y repasar este tejido por encima del vapor que se desprende del líquido en ebullición. Al cabo de cinco minutos se pone a secar el terciopelo, colgándolo cuidadosamente: evitar los pliegues.

Las manchas de todo se quitan cepillando delicadamente cada mancha con un cepillo empapado de agua hirviendo en la que se ha puesto un poco de espíritu de vino y hiel de buey. Luego con una esponja humedecida con agua engomada se engoma con cuidado el revés del terciopelo que vuelve a tomar de este modo su belleza y apresto primitivos.

Para limpiar los vestidos de trabajo, de caza o de viaje de terciopelo de algodón, se hierve, en cuatro o cinco litros de agua un buen puñado de virutas de madera de Panamá. Se cuela esta decocción en un lienzo, y con un cepillo suave se lava el terciopelo extendido sobre una tabla o una mesa recubierta, sea con un cobertor, sea con una tela puesta doble. Se limpia el terciopelo con una rodilla de lana, y se seca colgándolo al aire, a la sombra. Después de este tratamiento se le somete a la acción del vapor de agua, provocado por una plancha muy caliente que se vuelve a pasar pasándola por encima y a cierta distancia de la tela todavía húmeda.

Para restablecer la felpa marchita, empañada, cepillarla, desde luego, en todos sentidos, en seguida tomar un pedazo de franela en forma de muñeca, que se empapa con esencia de petróleo pura y se frota vigorosamente la felpa, teniendo cuidado de embeber de cuando en cuando lo franela de petróleo para que la felpa se impregne bien. Es necesario dejarla secar en seguida, al aire, si es posible, de modo que el olor de la esencia desaparezca pronto. La felpa vuelve a encontrarse así casi nueva.

Conservación y limpieza de las pieles peludas.

Las pieles podrán conservarse al abrigo de los ataques de la polilla y de otros insectos dañinos si se las sacude cuidadosamente. Esta operación de sacudir al

aíre debe ser seguida de la aplicación de un peine de puas largas; de este modo se quita el polvo por completo y la polilla que forma su nido en este montón de polvo se destruye infaliblemente. Esta receta es preferible el empleo de plantas aromáticas, alcanfor o pimienta, que para ser eficaz debe repetirse con frecuencia.

La bencina mata los insectos, pero se evapora demasiado pronto; el acido fénico gasta más tiempo para evaporarse y aleja la polilla, gusanos, etcétera; su empleo es el siguiente: se llena hasta la mitad con ácido fénico impuro un frasco de ancho gollete, teniendo cuidado de introducirle una pequeña esponja, después se pone este frasco destapado en los armarios o cajones de la cómoda, que contengan los objetos que preservar.

Otras recetas.

Colocar en cajas de cartón las pieles espolvoreadas con polvos de pelitre, y para asegurar el cierre hermético encolar tiritas de papel untadas de bencina sobre las aberturas de los cartones,

Mezclar por cantidades de 50 gramos: hojas de rosas, iris de Florencia, cilantro en polvo, raíces de espadaña en polvo; después flores de lavanda en polvo, 100 gramos; almizcle, un gramo; polvos de madera de sándalo, 3 gramos y poner esta mezcla en pequeños saquitos distribuídos entre las pieles.

Clavos de especia, granos de alcaravea, nuez moscada, macías, canela, haba de Tonka en partes iguales; se añaden tantos gramos de polvos de iris de Florencia como haya de peso total de estas diversas materias, se reducen a polvo fino y se llenan los saquitos.

Cinco gramos de bicloruro de mercurio, 10 gramos de alcanfor disuelto en 100 gramos de alcohol de 90 grados. Se sacuden las pieles y se humedece con esta disolución la superficie, se la deja secar y se cepilla muy ligeramente. Las pieles así preparadas se ponen en cajas de cartón bien cerradas.

Si no se teme al olor del tabaco, esparcir en los armarios pipas de barro bien culotadas.

Jamás se emprenda una limpieza de pieles sin haberlas sacudido y cepillado con cuidado.

Se limpian la marta y el armiño volviendo hacia arriba los pelos con una franela suave; después se las frota con esta franela empapada en harina. Cuando la piel está limpia, se la sacude y se frota con una franela blanca muy suave. Este sistema tiene la gran ventaja de evitar el desforramiento de la piel.

Otros procedimientos para limpiar el armiño y todas las pieles de matices claros.

Se extienden sobre una mesa y se las estira bien; después se frotan con una franela suave cubierta de una capa de salvado humedecido con agua caliente; cuando el salvado está seco, se quita y se frota de nuevo la piel con una muselina empapada en salvado mojado. Si las pieles fuesen blancas o muy poco matizadas, terminar la limpieza frotándolas con una muñeca de muselina empapada con magnesia calcinada.

Si se quisiera dar hermoso aspecto a la piel un poco usada, se disuelven 80 gramos de sal en medio litro de agua y con una esponja fina se empapa completamente la piel, pasando la esponja sobre la piel misma y no del lado de los pelos. Se extiende la piel así saturada con el agua salada sobre una tabla, colocando el

lado peludo sobre la madera y se estira fuertemente con la ayuda de clavos o alfileres; la piel aumentará sensiblemente su extendido. Se seca en una pieza caliente, pero alejada del fuego.

La chinchilla, la cibelina, etc., se limpian con salvado: se calienta este salvado en un recipiente muy limpio, y para evitar que se queme se agita la cazuela o se remueve con una cuchara. Se frotan con este salvado muy caliente los pelos de la piel durante algún tiempo, se sacude y se cepilla ligeramente. Si las pieles están un poco deterioradas, debe desforrárselas antes de limpiarlas, reparando los sitios echados a perder y proceder a la limpieza, teniendo cuidado de aplicar la piel tan completamente como sea posible sobre una tabla o una mesa.

Se pueden poner en medio de las pieles saquitos llenos de la mezcla siguiente:

Polvo de cilantro.....	50	gramos.
Idem de iris de Florencia....	50	»
Idem de hoja de rosa.....	50	»
Idem de raíz de espadaña ...	50	»
Idem de flores de sándalo...	100	»
Idem de madera de sándalo.	3	»
Almizcle.....	1	»

CAPITULO V

Limpieza de las telas de lana.

Para la limpieza y el lavado de las lanas se empieza por cepillar, y sacudir las telas, para poder con más comodidad quitarles las manchas, haciendo que desaparezca la materia que las ha causado y proceder en seguida a la limpieza completa.

Si el tejido estuviese manchado de lodo se sumerge en una decocción de agua tibia y patatas raspadas. Se enjuaga con agua clara, con agua de río si es posible, y se pone a secar sin torcer el tejido. Se plancha cuando está aún húmedo con planchas moderadamente calientes.

La hiel de buey disuelta es preferible si la lana está sucia de grasa. El agua de Panamá y el agua de hiedra son igualmente eficaces.

Para lavar la lana blanca se la sumerge durante algunos minutos en agua a 50 o 60°, en la cual se habrá puesto la cuadragésima parte, en peso, de silicato de potasa, y se la frota entre las manos. La lana queda suave y sin olor.

Para las lanas negras se cubren de jabón muy seco los sitios manchados y se prepara en otra parte agua hirviendo, en la cual se echará harina de mostaza (90 gramos aproximadamente por tres litros de agua). Se deja hervir dos minutos y se cuela a través de un lienzo. Cuando esta agua ha descendido a la temperatura soportable a la mano, se la echa sobre el tejido y se enjabona con cuidado. Se enjuaga hasta que el agua quede clara, y se tiende. Estando completamente seca

la tela, se la plancha, teniendo la precaución de poner un trapo mojado entre ella y la plancha.

Las lanas de colores se limpian según la naturaleza de la mancha. El agua tibia es suficiente en ciertos casos, por ejemplo, para las manchas de azúcar, de líquido mucoso, gelatinoso, de sangre y de albúmina. El agua de jabón y el amoníaco se emplean para las manchas de grasas; la esencia de trementina y el alcohol, después la lejía y el enjabonado, quitan las manchas de los colores en aceite, del barniz, de la resina, etc. El espíritu de vino concentrado quita igualmente las manchas de pintura en aceite; el agua tibia de jabón y el amoníaco quitan las manchas de frutas, de vino tinto y las de colores vegetales; el ácido tártrico muy diluído quita las manchas de tinta, pero no se deberá emplear este medio sin que antes se esté seguro de que el color del tejido no desaparecerá con la mancha; las manchas de hollín o de tinta negra de agallas desaparecen también si se las lava con ácido clorhídrico muy diluído, pero es necesario que el color sea natural. El amoníaco diluído más o menos, según la delicadeza de la tela manchada, y vertido gota a gota, quita las manchas de ácidos, de vinagre, etc. El agua de cloro caliente diluído quita las manchas de frutas, de licor de nueces y de los colores de cuero; es necesario enjuagar la tela manchada después de este lavado y emplear el agua de cloro, más o menos fuerte, según la delicadeza del tejido. Naturalmente, no se lava nada más que el sitio manchado. Para quitar las manchas de alquitrán, sebo, grasas ennegrecidas, etc., se frota el sitio manchado con la substancia grasosa, después se enjabona y se deja reposar algún tiempo, luego se lava con agua clara, después con esencia de trementina. La leche quita las manchas de vino en las telas claras; basta sumergir la parte manchada en la leche durante la ebullición. La crema de tártaro quita las manchas de lodo; se humedece con agua la mancha, se espolvorea con crema de tártaro, después se enjuaga con agua fresca. Una yema de huevo desleída en agua tibia quita también las manchas de lodo; basta con enjabonar la parte manchada con esta mixtura. Para quitar las manchas en la lana blanca se procede así: lavar con alcohol o con esencia de trementina las manchas de pinturas en aceite, los barnices, etc.; después meter en lejía y enjabonar. Lavar con jabón o potasa si la mancha fuese hecha por un líquido mucoso, por gelatina, azúcar, etc. Exponer la mancha por encima de los vapores de azufre o lavar con agua de cloro caliente, muy ligera, si proviniese del jugo de frutas, de tinta roja, de vino o de colores vegetales. Se puede igualmente emplear el ácido tártrico para las manchas de tinta de todos colores. Lavar con agua clara tibia las manchas de sangre, de albúmina, de cal, de licor de nueces o de frutas; el espíritu de vino es igualmente eficaz. Lavar con agua mezclada con esencia de trementina, después de haber enjabonado bien, las manchas de alquitrán, sebo, grasas ennegrecidas; volver a empezar la operación hasta la completa desaparición. Enjabonar y pasar al agua de potasa las manchas de grasa. El espíritu de vino concentrado quita las de bujía.

El lavado de las pañoletas de lana, tejido de los Pirineos, tricot ruso y trajes de tricot de lana, necesita algunas precauciones: en agua de lluvia se hierve jabón blanco de Marsella y se bate la mezcla durante la coción, a fin de preparar una pasta espesa; después mojar la tela para limpiar con agua clara tibia y meter en la pasta de jabón, enjuagar con agua clara, no empleando más que agua dulce. En fin, meter el tejido, prensándolo muchas veces con los dedos, en una disolución de agua engomada (dos cucharadas de goma arábiga pulverizada en tres cuartos y medio de litro de agua bastante caliente, muy amalgamada), torcer entre las manos y enjuagar en un lienzo muy blanco, secarlo extendiéndolo cuidadosamente entre dos lienzos. Para evitar toda deformación se mantiene atado el tejido en toda la longitud de uno de sus bordes.

Limpieza de la franela

La franela tiene el defecto de contraerse con el lavado, sobre todo la franela fina. Es necesario además, tanto para ésta como para la franela cruzada, tomar muchas precauciones para su lavado.

Antes de emplear la franela es conveniente hacerle sufrir la siguiente preparación, procediendo así; bien sacudida para quitarle todo el polvo, se pone en un cubo vacío y se echa poco a poco sobre la tela agua hirviente, en la cual se habrán disuelto 25 gramos de jabón amarillo en cuatro litros de agua. Se la deja sumergida hasta que se enfríe el agua. Se seca la franela, se tuerce y se seca al aire libre. Preparada así, la franela ya no disminuye más.

Otro procedimiento.

Meterla en agua fría, después en agua caliente. La doble acción del agna caliente y la fría producirá instantáneamente el encogimiento posible de la tela, que podrá ser empleada sin temor.

Lavado.

La franela se lava con agua de jabón a la que se haya añadido 125 gramos de cristal de sosa por 10 litros de agua. Se sumerge la tela y se la deja por doce horas en frío. Se calienta después el agua sin quitar la franela, que se la cepilla con un cepillo de crin, sobre una tabla, pero es necesario evitar frotarla con la mano, so pena de emborrar la lana y que encoja. Se enjuaga después en agua ligeramente enjabonada y se enjuga y seca completamente arrollándola en un trapo. Para plancharla, la plancha no deberá estar muy caliente.

Las telas de franela, para estar blancas y sin olor, deben ser sometidas al azuframiento en una gran caja de madera o en un tonel sin fondo. Los tejidos de franela o de lana se colocan allí todavía húmedos sobre traviesas de madera, en el fondo se pone un barreño con azufre, que se quema, se cierra herméticamente por encima y se recubre aun el recipiente con un trapo mojado

Para las franelas de color.

Meterlas en espuma caliente de jabón, sacudirlas para desaguarlas y extenderlas después. La franela azul se lava con agua de salvado, sin jabón. Se enjuaga con agua clara adicionada con un puñado de sal gruesa.

La franela se limpia perfectamente con una pasta hecha con patatas cocidas y aplastadas, mezcladas con un poco jabón muy ligero. Después de haber metido la tela en agua caliente, se la frota con esta pasta, que debe estar espesa, se lava con mucha agua y se seca. Este método es preferible al precedente para la ropa blanca de los niños de pecho, porque es más sano y no deja subsistir ningún olor.

Limpieza de la cachemira.

Cepillar la cachemira. Hervir agua con 125 gramos de jabón y 125 de miel por litro de agua y añadir un decílitro de aguardiente para la misma cantidad. La cachemira, habiendo sido extendida sobre una mesa de modo que sea imposible el menor pliegue, se frota con un cepillo suave empapado en la mezcla, siempre en el mismo sentido. Se enjuaga con agua fria, dejando la tela extendida y teniendo cuidado de frotar a menudo con el cepillo; después levantar la cachemira y ponerla a secar colgándola cuidadosamente.

La cachemira rosa se limpia con la espuma de jabón fria, se enjuaga con agua fresca y se pone a secar en el interior colocándola a la sombra.

El agua en la cual se ha hervido madera de Panamá, agua de hiedra, agua de hiel de buey, agua tibia en la que se habrán macerado patatas raspadas, conviene perfectamente para la limpieza de la cachemira y de los merinos negros. Se enjuaga con agua fria y se pone a secar; después se repasa la tela aún húmeda. Todos los procedimientos en uso para la limpieza de las sedas son igualmente buenos para el de las cachemiras.

Lavado de los cobertores.

Se dejan estar toda la noche en un baño de agua en la que se han disuelto tres cucharadas de bórax y de jabón. Se frotan muy ligeramente por la mañana, se dejan escurrir, se enjuagan en dos aguas y se cuelgan para que se sequen. No hay necesidad de torcer el cobertor.

El bórax no es útil solamente para los cobertores de lana; se debe preferir a la sosa para los cobertores de algodón, de hilo y el encaje.

Otro método para limpiar cobertores de lana.

Sacudir y cepillar el polvo después hacer un agua de jabón muy pastosa y añadir subcarbonato de sosa y frotar con un cepillo ni demasiado blando ni demasiado duro. Enjuagar con agua clara y tender el tejido, a fin de extraerle completamente el agua. Después pasar el cobertor al azufrado, lo que evita los desgarrones y cardar con cabezas de cardos para levantar y extender los palos del tejido. Se pasa el azufrado procediendo del modo siguiente: poner algunas partículas de azufre encendido en un plato colocado en tierra y recubrir con un embudo vuelto al revés; después poner el cobertor por encima del orificio.

Otro procedimiento.

Un tonel desfondado por una extremidad, horadado con dos agujeros vitrosos puestos al frente uno del otro, de manera que se pueda vigilar la operación; la parte superior del tonel está provista de clavos y de bramantes, con la ayuda de los cuales se suspende el cobertor que se va a azufrar. En fin, se pone la parte

desfondada del tonel sobre el suelo, teniendo cuidado de colocar debajo un platillo conteniendo algunos fragmentos de azufre encendido. Vigilar por las pequeñas lumbreras y quitar el tonel tan pronto como el tejido ha sido impregnado; demasiado azufrado sería perjudicial; el ácido sulfuroso atacaría al mismo tejido.

Este procedimiento de azufrado es también excelente para que desaparezcan las manchas de vinos y de jugos de frutas sobre tejidos de satén y de seda blancos.

Lavado de las medias de lana.

Se prepara un agua de jabón espesa y se meten las medias, escarpines, etcétera en remojo toda la noche si las lanas estuviesen extremadamente sucias. En otra parte se tendrá un baño así preparado: agua de jabón hirviente, conteniendo de 60 a 80 gramos de jabón para cuatro litros de agua, y agua fría en igual cantidad. Se empaparán y lavarán las medias frotándolas suavemente, a fin de evitar deformar el tejido. Se enjuagan con agua caliente y se secan apartándolas del fuego, porque las lanas endurecen con su vecindad demasiado inmediata.

CAPITULO VI

Limpieza de velos, blondas, guantes, etc.

Limpieza de los velos

Para limpiar los velos, gasas y blondas de seda, se les sumerge durante muchas horas en un baño de jabón blanco de Marsella, lavarlos después, y con varias repeticiones sucesivas, mientras que las impurezas no han desaparecido, en un baño de jabón blanco muy caliente, azufrar, enjuagar en agua con un poco de añil, hacerlos secar prensándolos entre dos servilletas y exponerlos en una corriente de aire.

Para limpiar la gasa blanca.

Poner la gasa entre dos telas con algunos pedazos de jabón de Venecia, colocarlo todo en un plato de estaño y verter encima agua tibia; poner debajo un lienzo doblado cargándole peso.

Cuando el agua se ha enfriado, retirarlo, añadir agua tibia y repetir la opera-

ión muchas veces. Dejar reposar toda la noche bajo la presión del peso; después enjuagar con agua tibia sin parar un momento.

Sedas y gasas descoloridas.

La negra se pone en remojo durante media hora en una decocción de palo campeche que habrá ya hervido duranta media hora. Se retira del fuego y se añade a la decocción una pequeña cantidad de caparrosa verde, y se deja refrescar un poco; en fin, se vuelve a poner en el fuego y se deja hervir la seda dentro de la mixtura.

Hervir un puñado de hojas de higuera en dos litros de agua hasta que el líquido quede reducido a tres cuartas partes; estas hojas prensadas después, dan un licor excelente para reanimar el brillo de las sedas negras descoloridas. Se humedece simplemente la seda con una esponja embebida de esta preparación,que puede conservarse bastante tiempo.

Para volver a las cintas de seda y a las gasas que están pálidas por la humedad y cuyo brillo ha desaparecido la apariencia de nuevas, se les extiende sobre una tabla, el derecho aplicado sobre la madera, y se las humedece por el revés con una esponja embebida con agua engomada (10 gramos de goma arábiga para un vaso de agua.) Se plancha por el revés con una plancha suficientemente caliente para secar. Pero evitar que la plancha esté muy caliente, porque altera los colores.

El café, filtrado a través de una muselina, es excelente para limpiar y lustrar la seda negra. Se plancha por el revés sobre un papel blanco.

Blondas blancas finas.

Plegarlas y meterlas en agua caliente con fragmentos de jabón. Dejarlos estar toda la noche. Prensar bien la blonda; poner agua caliente y jabón en una cazuela muy limpia, si es posible esmaltada, y dejar hervir durante cinco o seis minutos, enjuagar luego con agua fría muy clara, con muy poco añil dentro. Remover durante la ebullición con una pequeña varita. No habrá necesidad de frotarla. En seguida arrollarla apretada en un lienzo o ponerla con alfileres extendida en un bramante al aire.

Recomposición del tul.

Para recomponer un rasgón en el tul o en una blonda, se hilvana la parte dañada sobre un papel de color y luego se igualan los bordes del rasgón con unas tijeras. Cuando la obra está así preparada, se lanzan los hilos al principio horizontalmente, después se vuelve oblícuamente sobre estos hilos, partiendo de un ángulo e imitando la redecilla, ejecutando en ella una especie de sobrehilanza Para reconstituir el dibujo, si lo hay, es necesario tener algunas nociones del arte de encajera, una buena vista y mucha paciencia.

Revivir colores empañados o gastados por el salitre.

Para las telas negras cuyo color se ha gastado por el salitre, frotar con una franela empapada en zumo de limón o en vinagre.

Para las telas negras enrojecidas o empañadas, decocción de palo campeche cortado en pedazos y hervido en un saco de tela blanca durante media hora (60 gramos de palo campeche para un vaso grande de agua). La tela, previamente mojada en agua un poco caliente y bien torcida, se mete en la decocción y se deja cocer durante media hora. Después se la retira y se disuelve en el agua de campeche un pedazo del tamaño de una avellana de caparrosa verde (sulfato de hierro), y batiendo la mezcla con una espátula. Se vuelve a meter de nuevo, se deja hervir una media hora, y al fin se retira la tela y enfría; después se enjuaga con agua clara.

Para las de lana y todas las telas en general cuyo color está gastado por un ácido, mojarlas en una disolución de álcali o de carbonato de amoniaco.

Este procedimiento, muy eficaz, conviene a todas las telas y no puede tener inconvenientes. Solamente hay telas muy delicadas y de mal tinte que no podrían sufrirlo.

Manchas de tinta.

Frecuentemente el jabón de Marsella basta para quitar las manchas de tinta muy fresca; la aplicación del agua salada o vinagre blanco, seguida de un ligero enjabonamiento, es todavía más segura; si queda algún vestigio de óxido de hierro se moja con ácido clorhídrico o sulfúrico muy diluído, que se pone en el sitio que se quiera y se enjuaga pronto con agua clara. Este procedimiento está asimismo recomendado para los colores delicados. Si la mancha es antigua es menester poner mucho ácido; se puede tomar como proporción el décimo.

Para los tejidos blancos de hilo o algodón emplear el ácido oxálico disuelto en agua fría, o mejor tibia; la sal de orchilla en polvo es buena igualmente; el crémor tártaro es menos activo.

El percloruro de estaño en completa disolución aplicado al instante después de la sal de orchilla, quita las más rebeldes manchas de tinta, lo mismo que el cloruro, pero deja una mancha de óxido que se quitará con un pincel mojado en una disolución de sal de orchilla.

Sobre la seda no hay nada que hacer.

La leche mudada cada diez horas quita perfectamente, pero en más o menos tiempo, las manchas de tinta sobre la ropa blanca y la tela. No es necesario frotar. Si la leche hubiese dejado una mancha grasa en la lana, se enjabona ligeramente.

En la madera se hacen desaparecer lan manchas frescas de tinta con el vinagre blanco o el ácido oxálico. Si la mancha fuese antigua se calienta con agua hirviendo y se frota desde luego con un estropajo y el bioxilato de potasa y en seguida con una poca disolución de cloruro de estaño.

Manchas de bujía.

Se quitan lavando simplemente la tela con agua de Colonia. Si el tejido no está revestido de tapiz, se le debe estirar rápidamente entre los dedos, a fin de despegar la cera lo más posible, pero no basta frotarlas por encima; se las puede frotar por debajo para que se resquebraje la bujía y separarla más fácilmente de la tela. Sin embargo, se podrá frotar la mancha de la bujía empleando un poco de aguardiente bueno, o agua de lavanda, o mejor aún, espíritu de vino. Poner tres o cuatro gotas sobre la mancha, frotar con la mano, y la bujía se reducirá a polvo y desaparecerá. Este procedimiento es mucho mejor que la raspadura seguida de la aplicación de un hierro caliente sobre papel secante, que sólo servirá sobre la lana hilachosa.

Manchas de ácido.

Son de las más peligrosas, porque el ácido destruye el tejido y el color. No hay gran cosa que hacer para reparar el daño causado por las manchas de esa naturaleza. Por lo tanto, en el mismo momento se puede ensayar de neutralizar el efecto lavando con amoníaco dilatado en agua o colocándolo en la estufa al vapor de amoníaco.

Manchas de robín

Empapar el lienzo manchado en una disolución de agua y de sal de estaño. Se embebe sólo la mancha y la disolución debe ser ligera; las manchas desaparecen al instante y el lienzo no sufre daño. Si la mancha de robín es fuerte se deberá repetir la operación muchas veces.

El jugo de limón y la sal común pueden ser empleados igualmente.

Manchas de frutas y de vino.

Se embebe bien la parte manchada con agua de Javel pura; tan pronto como la mancha ha desaparecido se enjuaga vivamente el lienzo en agua fresca, preparada anticipadamente, y se frotan con cuidado todos los sitios tocados con el agua de Javel. Es necesario obrar vivamente para no quemar el lienzo.

Medias

Las medias de hilo negro tienen con frecuencia el defecto de rojear con el lavado, porque se emplea para limpiarlas agua demasiado caliente y jabón; jamás se debe usar el jabón para lavar las medias negras y el agua debe estar siempre tibia. Un poco de salvado dentro de un saco se mete en el agua tibia y se agita; cuando el moho está suficientemente formado, se meten las medias en la preparación y se lavan fuertemente. Después se extrae el agua de la tela, arrollando las medias en un lienzo seco y se hacen secar después, no a gran aire, sino al calor de un fuego bastante vivo.

Para hacer volver su color negro a las medias de hilo mal limpiadas es suficiente dejarlas hervir algunos instantes en una decoción de palo campeche.

Limpieza de los guantes

Los guantes de piel de buena calidad pueden limpiarse muchas veces sin perder la apariencia de nuevos; basta operar esta limpieza antes que estén demasiado deteriorados.

Recetas para la limpieza en seco

Se extienden los guantes sobre una forma, en varitas o en la mano, se frotan con arcilla muy fina para desgrasarlos; se pasa ligeramente la franela seca y se sacuden. Se frotan de nuevo con salvado muy fino y se quita éste con la franela seca. Cuando los guantes son blancos, se añade blanco de España al salvado, igualmente muy fino. Si los guantes estuviesen muy sucios y muy engrasados, quitar al principio la grasa con miga de pan tostada y polvos de huesos calcinados.

Los guantes blancos se frotan con jabón blanco de Marsella, se enjugan con una franela seca.

Para lavar los guantes

Sumergir los guantes en esencia de petróleo refinado, limpiarlos con un pañuelo de bolsillo; cambiar la esencia y sumergir de nuevo en una o dos esencias hasta que el líquido quede claro. Enjugar inmediatamente con una franela muy limpia, teniendo cuidado de frotar ligeramente y siempre en el mismo sentido. Enjugar por el derecho y el revés. Los guantes quedan secos casi instantáneamente; sin embargo, es preferible dejarlos envueltos en una franela, a fin de que el polvo no pueda posarse en la piel todavía un poco húmeda. Poner a enjugar al aire para facilitar la evaporación del olor, que siempre persiste un poco tiempo. Se puede reemplazar la esencia de petróleo por la esencia de trementina.

Otro procedimiento

Extender los guantes y frotar con una franela empapada en agua de jabón espesa (jabón raspado disuelto en agua caliente). Enjugarlos con una franela seca, después tenderlos al sol, o cerca del fuego, o bien ponerlos a la corriente del aire. Se puede reemplazar el agua de jabón por la composición siguiente: un litro de leche y 5 gramos de carbonato de sosa, o leche y jabón negro.

Estas recetas se aplican al limpiado de guantes de piel de Suecia y guantes pulimentados de color. Se prefiere frecuentemente para los guantes pulimentados blancos limpiarlos con leche y una esponja en vez de la franela. La leche debe ser fresca y cuidadosamente desnatada; la esponja fina se embebe, después se pasa sobre jabón blanco y se pasea sobre toda la superficie del guante, apoyando un poco más en los sitios manchados o ennegrecidos, terminándose en el blanco de España si el guante fuese blanco, o por el salvado si es de color. Basta extender los guantes al sol para secarlos; después se les estira cuando están aún un poco húmedos.

Los guantes de castor se limpian con la creta así compuesta: blanco de España, 100 partes, alumbre pulverizado, 3 partes; agua en cantidad suficiente para mezclarlo todo en el molde y dejarlo secar. Se le puede añadir ocre amarillo.

Para limpiar los guantes de seda de color, se les sumerge sucesivamente en un primer baño de bencina, destinado a quitar lo más graso, y en otro segundo para enjuagar. Se exprimen, se extienden entre dos telas secas y se tapan; después se planchan.

Ordinariamente, para todos estos lavados, se tiene cuidado de limpiar los guantes sobre los dedos o mejor sobre dos palitos. Se quitan cuando están medio secos y un instante después se les estira en todos sentidos, suavemente, para devolver a la piel su flexibilidad antes que se haya secado enteramente.

En fin, podemos recomendar la pasta siguiente, de la cual se sirve con la ayuda de un pedazo de franela:

Jabón en polvo.....	250	gramos.
Amoníaco.....	10	»
Agua de Javel.....	170	»
Agua.....	100	»

CAPÍTULO VII

Organización de la servidumbre.

Como apéndice de estos conocimientos creemos importante dar algunos detalles de la organización que necesitan tener los criados para que en una casa bien montada puedan estar atendidos los servicios y que no falte el tiempo que se necesita para los pequeños detalles y el que reclama el minucioso cuidado de las ropas.

La más importante, desde este punto de vista es la

Doncella.

Sus atribuciones varían según el número de criados de la casa. Muy frecuentemente, la ausencia del ayuda de cámara hace que extienda su servicio a la limpieza de la plata, al arreglo de toda la casa, al servicio de la mesa, etcétera, pero en realidad el título de doncella conviene, sobre todo, a la persona encargada del servicio personal de la dueña de la casa. Los cuidados de toilette, la preparación de los trajes, su conservación, el de la lencería, las compras de esos mismos objetos y a veces la confección de la lencería y de los trajes: he ahí las verdaderas atribuciones de la doncella. Si entretanto es diestra, bien educada, de porte distinguido, sin coquetería exagerada, de maneras amables, poco habladora, viva, modesta y discreta, la mujer que reuna estas condiciones es capaz de rendir grandes servicios a su señora. La ayudará a su toilete, la peinará, la vestirá, sabrá apreciar de un golpe de vista el conjunto de la toilete y restablecer la perfecta armonía, empleando así con utildad su ciencia de habil costurera y su buen gusto indispensables.

Sabrá conservar un gran aseo en el gabinete-tocador de su señora, comprobar la calidad de las esencias, jabones, pomadas, reemplazarlas si hay necesidad, y

con la ayuda de múltiples recetas bien escogidas, dar a todos los objetos un sello de perpétua novedad.

Los guantes, blondas, velos, alhajas, telas, armiños, en una palabra, todos los accesorios de toilette serán conservados, limpiados, puestos en su sitio, arreglados y presentados conforme la orden recibida, sin que tenga necesidad de preocuparse de antemano. La doncella lavará por sí misma los pañuelos finos, los pequeños objetos demasiado delicados para ser confiados fuera, sabrá repasar la lencería elegante, reponer los lazos de las cintas, los transparentes, etc.; sabrá cortar y coser ella misma la lencería, y actualmente, la mayor parte de entre ellas cortan y confeccionan objetos variados, tales como bolsitas, cojines, etc., trajes completos, como asimismo sombreros.

Destinará la mañana para la limpieza de los efectos, la toilete de la señora, el arreglo de la sala, del gabinete, etc.; no puede dedicarse a la costura antes de la comida del mediodía. En toda casa bien puesta, la doncella, sirva o no sirva a la mesa, debe a esta hora haber concluído el arreglo, estar compuesta, vuelta a peinar para todo el día; toma sus comidas después de las de sus amos, y estará pronta para el primer aviso, si la dueña de la casa desea arreglarse para salir. Los vestidos de la mañana ordenados, se pondrá a coser hasta el momento de disponer el baño—si la ausencia del ayuda de cámara la obliga a este servicio—; preparará la toilette de la noche o la ropa interior, según las órdenes recibidas por la mañana.

Cuando no haya ayuda de cámara, la doncella cuidará de los vestidos del dueño, de su ropa blanca, preparará los efectos que deben ponerse, arreglará los otros, etc. Como se ve, este oficio comprende diferentes atribuciones, y es prudente informarse antes de escoger una nueva criada de la clase de servicio del cual es capaz el título doncella, no siendo bastante explícito en sí mismo. La doncella que sale de una gran casa puede muy bien rehusar ocuparse del arreglo doméstico y de la mesa, no siendo simplemente más que peinadora, camarera, costurera; tal vez querrá confeccionar la lencería, pero probablemente rehusará hacer las composturas; es una clase de costurera estable que engalana a su señora, la espera al regreso de las «soirées» a fin de deshacer las sabias combinaciones de la toilette, viaja con ella y le ahorra los cuidados de la vida práctica encargándole los aprovisionamientos.

Tal otra será más bien inteligente bordadora, lencera emérita o quizá menos formalista para distribuir su ocupación habitual; arreglará los canastillos de flores en la vivienda, se ocupará no solamente de la sala y el gabinete de *toilette*, sino también de los salones, etc. La doncella bien acostumbrada utilizará el tiempo desocupado que le da el ayuda de cámara. La que más comúnmente es buscada en las casas burguesas modestas, no tendrá, sin duda, capacidades relevantes ni especialidades tan marcadas como las precedentes, pero se contentará con la ayuda de la cocinera, y si la dueña de la casa tiene alguna costumbre de mando, le sabrá trazar un programa práctico, en el cual tendrán sitio todos los servicios verdaderamente útiles.

Desde hace algunos años, las dueñas de casa del extranjero han autorizado la costumbre de hacer pagar las facturas de modistas, costureras, corseteras, guanteras, lenceras, zapateros, etc., por la doncella, que recibe un descuento sobre todas estas facturas. Nosotras no aprobamos esta manera de hacer, porque establece forzosamente una especie de inteligencia entre los abastecedores y el personal, y que incita a las criadas a ponderar tal mérito o elegir según que haya sido suministrada por tal o cual casa; desgraciadamente se debe sufrir la moda, y a menos de prevenir a la doncella en el instante de tomarla, es menester dejarle este beneficio.

El lujo en el vestir y el peinado de la doncella deben ser severamente vigilados: tanto como un aspecto demasiado llamativo, sería impropio el desorden y el desaliño.

Algunas dueñas de casa prescriben a la persona encargada de vestirlas y de tocar al más pequeño objeto de la *toilette* una medida higiénica absoluta, en la

cual los baños están comprendidos y pagados por la dueña; nosotros aprobamos mucho esas precauciones y aconsejamos también dar a las doncellas cierto tiempo por mes para poner en orden su guardarropa, transformar los efectos que la dueña les ha dado (si le permite a su doméstica llevar después que ella sus vestidos o sus mantos) o para confeccionarse un traje nuevo, cuyo tejido ha comprado con el dinero sacado de los vestidos arrinconados (si la dueña de la casa prescribe la venta de efectos dados por ella). Este tiempo es necesario lo tenga la doncella, y vale mucho más dárselo que el dejarla que lo tome en secreto; las noches, o un día por semana, son generalmente concedidos a esta intención.

Niñera

La niñera ocupa un término medio entre la criada y el aya; debe ser escogida con el mayor cuidado: salud, moralidad, fuerza, carácter, todo es importante en este empleo, que exige aptitudes particulares.

Las inglesas son buenas niñeras, porque en su país la educación de la infancia es desde el principio perfectamente entendida; después está confiada a las ayas. Una parte especial de la casa o de la vivienda está destinada para los niños; la niñera o el aya reinan en ella como amas, dirigen la *toilette*, los juegos, las comidas y los paseos. Naturalmente, las muchachas o mujeres que ocupan este empleo están preparadas especialmente a ocupar bien su cargo, porque la madres inglesas son muy descontentadizas, y con razón, y allí existen escuelas para educar a las sirvientas, y en especial a las encargadas de sus hijos.

Una niñera propiamente dicha arregla la habitación de los niños, plancha y conserva su ropa blanca, con frecuencia ella misma confecciona una parte de sus vestidos y se ocupa enteramente de los cuidados personales de los niños. El aya no plancha, y algunas veces, del mismo modo, repugna los cuidados de la casa.

Se debe ser bueno con la persona a quien se le ha confiado sus hijos, si se quiere que la misma sea amable, y tratarla con cierta deferencia, a fin de que los niños aprendan a obedecerla y estimarla. La urbanidad, el cumplido y la simpatía deben ser recíprocos, sin lo cual la niñera, así como los niños, sufrirán y los resultados serán deplorables

Criada para todo el servicio.

Su nombre lo indica; ella está encargada de todo el servicio de la casa, y como no sucede ordinariamente que el trabajo sea menos complicado en donde la sirvienta es única, la criada para todo el servicio es casi siempre una vigorosa aldeana que no tiene capacidades bien determinadas y que es necesario dirigír en la tarea.

Las personas que sólo tienen una criada están acostumbradas a ocuparse de su interior; pueden, pues, vigilar el arreglo doméstico y asimismo tomar parte en él. En este caso una mujer de bien, de buena salud, de caracter agradable, puesto que se tienen relaciones frecuentes con ella, de costumbres irreprochables y dispuesta a seguir todos los consejos, debe convenir perfectamente.

Las elegantes jóvenes con modales de doncellas que se dicen expertas en el servicio y capaces de ocuparse sin consejos, suelen ser preferidas por dueñas de casa tan crédulas, que no desconfían de unas maneras tan poco en relación con el oficio escogido; es necesario inquirir prudentemente el morivo que ha determinado esta elección. Con mucha frecuencia el caracter receloso o vehemente impide a una criada colocarse en donde hay muchos sirvientes: se debe preveer en este ca-

so cualquier causa de disgusto en presencia de los dueños y renunciar a tomarla en su casa si no se tiene la paciencia y el dominio bastante firme para evitar escenas incompatibles con su dignidad. Frecuentemente también la criada prefiere todo el servicio, a fin de evitar la vigilancia de sus camaradas y las relaciones cerca de sus dueños. Esas son ordinariamente curiosas y aprovechan las idas y venidas, el trabajo improvisado, para bosquejar enredos y organizar salidas prohibidas.

Las mejores criadas son las del campo o de los pueblos, que han aprendido el servicio y conservan las costumbres de regularidad en su trabajo, de cuidadoso aseo en su persona: podrán contraer cierta adhesión a sus amos, cosa que sucede si los dueños reconocen sus buenos servicios y muestran algún interés por la multiplicidad de los trabajos a que se las obliga; una figura agradable, respirando la franqueza, es siempre buena recomendación, porque lo mismo que la doncella, la criada única no debe tener un exterior repugnante: sirve a la mesa, abre la puerta a los extraños, ayuda a la *toilette*, si hay ocasión y arregla a los niños. Su buen aspecto y su físico no carecen, pues, de importancia. Estas cualidades, unidas a las que hemos enunciado precedentemente, harían de ella una verdadera perla sobre todo si la buena voluntad se hubiera duplicado con cierta disposición de cocinera. Entre tantas cualidades diferentes no pueden encontrarse todas reunidas. Sin duda, será necesario establecer una preferencia según el género de servicio de su casa. Así, en una família numerosa se escogerá la mujer fuerte, sabiendo lavar, planchar, capaz de preparar exactamente los amasijos sencillos, arreglar rápidamente el ajuar de la casa, sin por eso descuidar las excursiones al mercado, mientras que la dueña de la casa que no tiene niños, o uno sólo, deseará una sirvienta más avispada, capaz de confeccionar platos finos y utilizar las horas de ocio entre las comidas manejando la aguja de una manera diestra.

El servicio de la criada para todo varía mucho; en cada vivienda difiere, y la dueña de la casa sólo puede arreglarlo o modificarlo. Por consiguiente, es absolutamente necesario indicar a una sirvienta, antes de contratarla, lo que se quiere exigir de ella, evitándose así las contestaciones y recriminaciones.

Los gajes son menores que los de las cocineras, doncellas, etc.; sin embargo, es natural que esté mejor retribuída la que conoce el servicio, sabe coser, conservar el lienzo fino, pudiendo cocinar con habilidad, que la fuerte sirvienta inexperimentada, o la muchacha demasiado débil y demasiado aturdida para servir convenientemente.

Las dueñas de casa inteligentes saben la mala economía que es el emplear las criadas para todo servicio, ignorantes, bajo el pretexto de formarlas por sí mismas y pagarles menos caro.

Los descuidos cometidos, los objetos rotos, arruinados enteramente, las compras inconsideradas, compensan, y con superior ventaja, la mediocridad de los gajes. Jamás se debe perder de vista que una persona no podría cumplir ella sola la tarea de dos o tres. Se hará, pues, bien en no sobrecargar el programa diario, que debe estar arreglado de antemano, al menos en sus grandes líneas. Asimismo la dueña de la casa podrá encargarse de los pequeños detalles minuciosos que ocupan mucho tiempo a una criada, mientras que sin fatiga y sin violencia los ejecuta por sí misma.

La humanidad ordena no exigir de una mujer trabajos penosos y perjudiciales a su salud. La costumbre que se establece de tener en días determinados un hombre de trabajo que frote los entarimados, suba las maderas, etc., es, pues, muy laudable y digna de ser propagada.

Ayuda de cámara.

Se da generalmente este nombre al doméstico que sirve o a las criadas en el servicio de la casa; sin embargo, el verdadero ayuda de cámara tiene un empleo muy determinado y más delicado que el de los criados propiamente dichos, y parece más elevado en la jerarquía de las gentes de servicio. Se ocupa del servicio personal: «toilette», compras del señor, etc.; ordena la sala, el gabinete, los departamentos de su amo y asimismo todas las habitaciones, salvo las de la señora; en suma, es, después del dueño de la casa, el equivalente a la doncella después de la dueña. El verdadero ayuda de cámara debe, pues, tomar las órdenes desde un principio de su señor, pero además de este servicio particular, tiene la dirección de la bodega, evitando así a su señor las frecuentes idas y venidas; se ocupa del servicio de la mesa, de la conservación de la plata, trincha la carne, combina los postres, reemplazando así al maestro de hotel, frecuentemente suprimido en las casas burguesas; en fin, introduce las visitas en los días de recepción y hace el servicio de los salones, del lunch o de las cenas; si está desocupado sirve de lacayo. Para esta clase de servicios, cae bajo la dirección de la dueña de la casa. Todos estos trabajos demandan tacto, destreza física, una escrupulosa honradez, discreción, una firmeza irreprochable, carácter y perfecto conocimiento de la etiqueta. El perpetuo contacto con los dueños, los servicios íntimos que le da el empleo, hacen de este conocimiento y de esta etiqueta condiciones esenciales.

El trabajo del ayuda de cámara no exige una fuerza corporal muy grande. Se puede, pues, escoger hombres de figura delicada, que frecuentemente tienen un natural más afinado que las gentes con talla de hércules.

Para todos los domésticos, el orden del servicio varía mucho según las exigencias de la casa en que sirven; el del ayuda de cámara está también sometido a estas variaciones. Sin embargo, podemos decir que el verdadero ayuda de cámara debe entrar en la habitación del dueño a una hora fija, abrir las ventanas, encender el fuego, preparar los vestidos de la mañana, presentar los utensilios necesarios para las primeras abluciones, y en fin, el primer desayuno, así como la correspondencia. Tomadas las instrucciones, el ayuda de cámara pasa al gabinete-tocador y espera a su dueño para ayudarle en las operaciones hidroterápicas, tales como ducha, baño, etc., así como en los cuidados relativos al peinado, al arreglo de la barba, etc.; vuelve a la alcoba a fin de proceder al arreglo, que ha sido combinado de antemano, y cuando el dueño ha salido, se ocupa inmediatamente de la ventilación del gabinete-tocador y del dormitorio y su arreglo, observando las leyes de higiene y de aseo.

Durante el día, la «toilette» del dueño se efectuará igualmente con su ayuda; por la tarde esperará el regreso del dueño para desnudarle, preparar el agua caliente y los accesorios de la «toilette» de la noche. Habiendo estado preparado con anticipación el dormitorio para acostarse el dueño, el ayuda de cámara no tendrá ya más que retirarse cuando se haya acabado la «toilette», llevando consigo todos los efectos, porque es malsano, tanto como desagradable a la vista, dejar los vestidos diseminados alrededor de sí.